

El país equivocado (IV)

El País de las Caricaturas

Eduardo Casanova

A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. En este cuarto artículo, cuarto de una serie de trece, haremos un vuelo rasante sobre algunas de las caricaturas de gobierno que padeció el país durante el siglo XIX.

Los historiadores venezolanos suelen decir que los gobiernos de Páez fueron buenos gobiernos. Por lo general se olvidan de que el país estaba hastiado de la guerra y dispuesto a buscar la paz a cualquier precio. Un ex-Presidente actual, llanero y refranero, suele decir que Páez fue el primer adeco, porque fue el primero en decir "yo no sé cómo se hace eso, pero vamos a echarle..." Como chiste es bueno, pero como realidad es indiscutible. Páez fue el primer amo del país equivocado y estrenó una forma de gobernar: el caudillismo. Algunos caudillos pueden haber parecido honestos, pero eran cabezas de regímenes corrompidos. Hay otros, como Guzmán Blanco, que robaron abiertamente y sin tapujos, y que sostuvieron que cobrar comisiones por sus actuaciones era legítimo. Antonio Guzmán Blanco es uno de los personajes más interesantes de la historia de Venezuela. Nieto de un realista que legitimó a su hijo, Antonio Leocadio, cuando estaba preso. Hijo de ese hijo legitimado y aventurero que preñó a una parienta de Bolívar y se casó cuatro meses antes del parto, y aventurero él mismo; en 1848, cuando no había cumplido todavía los veinte años (nació el 20 de febrero de 1829), ingresó al servicio exterior venezolano, como Jefe de Sección. Paralelamente estudiaba derecho (en 1856 recibió el título de Licenciado y al año siguiente el de Abogado). Era a la vez masón y miembro de la Sociedad de María. Relacionado con todo el mundo político de su tiempo, pretende casarse con Luisa Teresa Giuseppi, nieta del general José Tadeo Monagas, pero no puede vencer la barrera de la oposición no sólo del abuelo de la pretendida, sino de todos los

Monagas. Sale de Venezuela como diplomático elegantón, y en 1858, al caer los Monagas, regresa. Por su improbada participación en un alzamiento, fue exilado, gracias a ello se unió a los revolucionarios de Zamora y Falcón, por lo que se auto-graduó de militar, y el 10 de enero de 1860 se encontraba a pocos pasos del general Ezequiel Zamora en el momento de su muerte, en el sitio de San Carlos. Luego se exiló y tras regresar como combatiente, fue el que mejor aprovechó aquellos tiempos de confusión, y el caso es que, a raíz del "Tratado de Coche", que terminó con la Guerra Federal, pasó a ser personaje de primera línea. Tanto que, luego de que tumbaran al gobierno de Falcón, Guzmán, con la "revolución de Abril" de 1870 se convirtió en Presidente de la República por siete años, e hizo un gobierno muy parecido a los actuales: vano, superficial y mentiroso. Desde entonces hasta 1888 dominará, con uno que otro altibajo, la escena política del país. Primero será el *Septenio* (1870-1877), después el *Quinquenio* (1879-1884) y por último el *Bienio* (1886-1888), que en realidad duró poco menos de un año. Caracas no será, a partir de entonces, la misma. Murió en París, riquísimo, el 28 de julio de 1899. Tenía setenta años, y la muerte le economizó el saber que su ciudad, lejos de convertirse en el París de América y la capital de la inmensa república soñada por Bolívar, caería en manos de un personaje a quien él, como buen político, conocedor (y manipulador) de hombres que era, jamás habría dejado ascender ni al cargo de gobernador de la Sección Táchira del Gran Estado de los Andes: Cipriano Castro.

El sucesor de Guzmán, luego del Septenio, fue Francisco Linares Alcántara, favorecido por Guzmán y su esposa, pero que pronto se le alzó a su mentor y favoreció una reacción en su contra, que hubiera provocado una nueva guerra civil no de morirse Linares de una infección bronquial en noviembre de 1878. Por ello, y luego de una farsesca "Revolución Reivindicadora", volvió al poder Guzmán con su Quinquenio, y de nuevo se equivocó al creer que había encontrado un sucesor que le cuidaría el poder. Esta vez fue Joaquín Crespo, que estaba dispuesto a turnarse cada

dos años con el caudillo caraqueño. Pero Guzmán tenía sus propio planes, y buscó en Rojas Paúl quien le "cuidara" la silla. Y también se equivocó, pues las pequeñas ambiciones de los pequeños hombres llevaron al país a un caos no muy distinto al que hoy impera, pero más chiquito. Crespo regresó con una revolución y, como sucesor, impuso a Ignacio Andrade, lo que le costó la vida.

En nuestro próximo encuentro hablaremos de las equivocaciones del general José Manuel Hernández, alias el *Mocho*, quizá el más equivocado y errático de todos los caudillos venezolanos, al extremo de convertirse ante la historia en la más divertida de todas las caricaturas, no de gobierno, sino de político.